



Diario de Colón

Domingo 21 de octubre. "A las diez horas llegué aquí a este cabo de Isleo y surgí, y asimismo las carabelas. Y después de haber comido fui en tierra, adonde aquí no había otra población que una casa, en la cual no fallé a nadie, que creo con temor habían fugido, porque en ella estaban todos sus aderezos de casa. Yo no les dejé tocar nada, salvo que me salí con estos capitanes y gente a ver la isla; que si las otras ya vistas son muy hermosas y verdes y fértiles, ésta es mucho más y de grandes arboledos y muy verdes. Aquí es unas grandes lagunas, y sobre ellas y a la rueda es el arboledo en maravilla, y aquí en toda la isla son todos verdes y las hierbas como abril en Andalucía; y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos que oscurecen el sol y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los cognoscer porque soy bien cierto que todos son cosas de valía y de ellos traigo la muestra y de asimismo de las hierbas. Andando así en cerco de estas lagunas vide una sierpe, la cual matamos y traigo el cuero a Vuestras Altezas. Ella como nos vido se echó en la laguna y nos la seguimos dentro porque no era muy fonda, hasta que con lanzas la matamos. Es de siete palmos y en largo; creo que de estas semejantes hay aquí en esta laguna, muchas. Aquí cognoscí del *liñaloe*¹ y mañana he determinado de hacer traer a la *nao*² diez quintales, porque me dicen que vale mucho. También andando en busca de muy buena agua, fuimos a una población aquí cerca; a donde estoy surto media legua; y la gente de ella como nos sintieron, dieron todos a fugir y dejáronlas casas y escondieron su ropa y lo que tenían por el monte.

Yo no dejé tomar nada ni la valía de un alfiler. Después se llegaron a nos unos hombres de ellos, uno se llegó del todo aquí. Yo di unos cascabeles unas cuentecillas de vidrio y quedó muy contento y muy alegre, y porque la amistad creciese más los requiriese algo, le hice pedir agua, y ellos después que fui en la *nao*, vinieron luego a la plaza con sus calabazas llenas y folgaron mucho dárnoslas. Y yo les mandé dar otro remalejo de cuentecilla de vidrio y dijeron que de mañana venían hacia acá. Yo quería hinchir aquí toda vasija de los navíos de agua; por ende, si el tiempo me da lugar, luego me partiré a rodear esta isla fasta que yo haya lengua con este rey y ver si puedo haber de él oro que yo traigo, y después partir para otra isla grande mucho, que creo que debe ser Cipango, según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a la cual ellos llaman *Colba*³, en la cual dicen que ha naos y mareantes mucho muy grandes, y de esta isla a otra que llaman Bosio, que también dicen que es muy grande. Y a las otras que son entre medio veré así de pasada, y según yo fallare recaudo de oro o especería determinaré lo que he de hacer. Mas todavía, tengo determinado de ir a la tierra firme a la ciudad de *Guisay*⁴ y dar las cartas de Vuestras Altezas al Gran Can y pedir respuesta y venir con ella".

Tomado de *Cristóbal Colón, Diario de abordo*. Edit. Real Andes Ltda..

- 1 *liñaloe*. Especie de fique.
- 2 *Nao*. Nave, embarcación.
- 3 *Colba*. Error del copista o del propio Colón que acaso lo oyó mal al principio. Luego escribiría Cuba.
- 4 *Guisay*. También Quinsay o King-tsai, nombre con que Marco Polo conoció la ciudad china de Hang Zhu.

Las obsec
muy soler
embalsam
tan enter
dijimos c
ron año

Todo lo
tenían e
el río ab
ciudad
grandes
de Cier
dijeron
del pal
en lug
tún qu
unas c

Cuan
pales
criad
dicie
a la
tuvie
hab
Ofr
bar
ten
los
do
tir
en
po
ci
lo
p
p
a

Cómo enterraban los reyes: duraban las obsequias* un año

Las obsequias que hacían a los reyes Incas eran muy solemnes, aunque prolijas. El cuerpo difunto embalsamaban, que no se sabe cómo quedaban tan enteros que parecían estar vivos, como atrás dijimos de cinco cuerpos de los Incas que se hallaron año de mil y quinientos y cincuenta y nueve.

Todo lo interior dellos enterraban en el templo que tenían en el pueblo que llamaron Tampu, que está el río abajo de Yucay, menos de cinco leguas de la ciudad del (Cuzco), o donde hubo edificios muy grandes y soberbios de cantería, de los cuales Pedro de Cieza, capítulo noventa y cuatro, dice que le dijeron por muy cierto que se halló en cierta parte del palacio real o del Templo del Sol oro derretido en lugar de mezcla, con que juntamente con el betún que ellos ponen quedaban las piedras asentadas unas con otras: palabras son suyas sacadas a la letra.

Cuando moría el Inca o algún curaca de los principales, se mataban y se dejaban enterrar vivos los criados más favorecidos y las mujeres más queridas, diciendo que querían ir a servir a sus reyes y señores a la otra vida; porque como ya lo hemos dicho, tuvieron en su gentilidad que después desta vida había otra semejante a ella corporal, y no espiritual. Ofrecíanse ellos mismos a la muerte, o se la tomaban por sus manos, por el amor que a sus señores tenían. Y lo que dicen algunos historiadores que los mataban para enterrarlos con sus amos o maridos, es falso; porque fuera gran inhumanidad, tiranía y escándalo que, dijera que en achaque de enviarlos con sus señores, mataban a los que tenían por odiosos. Lo cierto es que ellos mismos se ofrecían a la muerte, y muchas veces eran tantos, que los atajaban los superiores, diciéndoles que de presente bastaban los que iban, que en adelante poco a poco, como fuesen muriendo, irían a servir a sus señores.

Los cuerpos de estos reyes, después de embalsamados, ponían delante de la figura del Sol en el Templo del Cuzco, donde les ofrecían muchos sacrificios, como a hombres divinos que decían ser hijos de ese Sol.

El primer mes de la muerte del rey le lloraban cada día con gran sentimiento y muchos alaridos todos

los de la ciudad; salía a los campos cada barrio de por sí, llevaban las insignias del Inca, sus banderas, sus armas y ropa de su vestir, las que dejaban enterrar para hacer las obsequias. En sus llantos, a grandes voces recitaban sus hazañas hechas en la guerra, y las mercedes y beneficios que había hecho a las provincias de donde eran naturales los que vivían en aquel tal barrio. Pasado el primer mes, hacían lo mismo, de quince a quince días, a cada lleno y conjunción de luna; y esto duraba todo el año; a fin del hacían su cabo de año con toda la mayor solemnidad que podían, y con los mismos llantos, para los cuales habían hombres y mujeres señaladas y aventajadas en habilidad, como en dechaderas, que cantando en tonos tristes y funerales decían las grandezas y virtudes del rey muerto. Lo que hemos dicho hacía la gente común de aquella ciudad, lo mismo hacían los Incas de la parentela real, pero con mucha más solemnidad y ventajas, como de príncipes a plebeyos.

Lo mismo se hacía en cada provincia de las del imperio, procurando cada señor della que por la muerte de su Inca se hiciese el mayor sentimiento que fuese posible. Con estos llantos iban a visitar los lugares donde aquel rey había parado en aquella tal provincia, en el campo, caminando, o en el pueblo para hacerles alguna merced los cuales puestos, como se ha dicho, tenían en gran veneración: allí eran mayores sus llantos y alaridos, y en particular recitaban la gracia, merced o beneficio que en aquel lugar les había hecho. Y esto baste que las obsequias reales a cuyas semejanza hacían parte dellas en las provincias por sus caciques; que yo me acuerdo haber visto en mis niñeces algo dello.

En una provincia de las que llaman Quechua, vi que salía una gran cuadrilla al campo a llorar su curaca; llevaban sus vestidos hechos pendones. Y los gritos que daban me despertaron a que preguntase qué era aquello, y me dijeron que eran las obsequias del cacique Huamampallpa, que así se llamaba el difunto.

Tomados de *comentarios reales del Inca Garcilaso de la Vega* (peruano).

* Obsequias: exequias.

De la Isla Española

La isla Española fue la primera que los cristianos ocuparon en América. Bien pronto se siguió la despoblación. Los españoles comenzaron robando los hijos de los indios para esclavos suyos, y las mugeres para abusar de ellas. Les robaban así mismo la comida que los indios habían preparado con el sudor de su rostro; y un solo español consumía más en un día que tres familias indianas de diez personas. Les hacían en fin tantas tan atroces injurias que los indios dijeron ser incierto que los españoles fuesen hombres venidos del cielo. Unos indios escondían su mujer y sus hijos: otros huían a los montes por no sufrir tan grandes injusticias.

Al ver esto los españoles maltrataron cruelmente a los indios señores de los pueblos, dándoles bofetadas, palos y otros golpes á mano y con instrumentos. Hubo capitán cristiano que robó á un indio rey de toda la isla su muger propia, y abusó de ella por fuerza.

Esto fue origen de las guerras de resistencia en defensa de la libertad de los naturales para expeler á los cristianos. Pusieron á los indios en armas; pero éstas son débiles, tanto que las guerras entre indios son menos fuertes que los juegos de cañas en Europa. Los cristianos tenían caballos, espadas y lanzas, y fácilmente mataban haciendo una cruel carnicería.

Entrando en los pueblos sacrificaban á su furor los viejos, los niños y las mugeres: no respetaban á las que se hallaban preñadas ni á las que habían acabado de parir: á todas desbarrigaban con la espada o con una lanza, y degollaban personas como a corderos cerrados en un aprisco. Apostaban inhumanamente sobre quien partía mejor á un hombre en trozos con una sola cuchillada, ó sobre quien le sacaba mejor las entrañas. Quitaban á las madres los niños pendientes de sus pechos; los tomaban por una pierna y los tiraban sobre una piedra de manera que la cabeza fuera estrellada. Otros arrojaban dichos niños al río próximo para que pereciesen ahogados diciendo con risa inhumana: *Refréscate ahora bien cuerpo de tal*. Otros atravesaban con sus espadas al niño, á su madre, y á las otras personas que á la sazón allí se hallasen. Hicieron ciertas horcas muy largas, no muy altas, ataban á ellas trece hombres, les aplicaban fuego

por debajo y los quemaban vivos diciendo con horrible sacrilegio que los ofrecían á Dios en sacrificio para honor de Jesucristo y de sus doce apóstoles. Otros cubrían al hombre con paja, lo ataban, y después aplicaban el fuego para que muriese aquel infeliz indio entre las llamas. Cortaban las manos á los que no mataban y luego les insultaban diciéndoles, *"Llebad ahora las cartas á los que han huido á los bosques"*.

Todavía eran más crueles para con los indios señores de pueblos; pues los ataban y tendían sobre parrillas de madera hechas de intento, y los quemaban por debajo para que murieran abrasados a fuego lento entre los mas insufribles tormentos.

Yo mismo vi una vez que quemando en dos o tres pares de parrillas á cinco señores de pueblos y á otras personas se dio por ofendido el capitán español de que aquellos infelices le quitaban el sueño con sus gritos de dolor. Mandó que los ahogasen al instante para que no gritasen mas. El alguacil (á quien yo conocía como tambien á sus parientes por ser todos naturales de Sevilla) mas cruel que su jefe, no quiso ahogarlos; les metió en sus bocas un palo para que no pudiesen gritar. Y atizó el fuego para que muriesen quemados con mayor tormento. Vi también muchos otros casos de los otros modos atroces de martirizar que antes he referido.

Habiendo notado los españoles que muchos indios abandonaban al pueblo, y se retiraban á los montes y los bosques, amaestraron perros lebreles sanguinarios para seguir á los indios, y los animales llegaron á ser tan diestros y tan feroces que apenas veían un indio lo destrozaban en dos momentos y se lo comían como si fuera cadáver de un puerco.

No hay cálculo de los indios despeizados por los lebreles. Si los indios mataban á un cristiano aunque fuera en caso de justa defensa, los cristianos manifestaron tan inhumana venganza que promulgaron ley matar cien indios por cada cristiano.

Tomado de *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Artículo primero pp. 106-109. Fray Bartolomé de las Casas (español).

Haga un cuadro comparativo de las tres crónicas teniendo en cuenta:

1. Autor = datos biográficos de los tres cronistas
2. Tema = de cada crónica
3. Referencias de tiempo, lugar y hechos que detalla cada autor
4. La intención con que fueron escritos cada crónica.

Presentar en hoja de examen al desarrollo del taller.

Comprensión y expresión oral

Vivamos la lectura

- 1 Realiza una lectura comparativa de los textos anteriores y contesta:
 - a. ¿Cuál de los dos textos te llamó más la atención? ¿Por qué?
 - b. ¿Qué semejanzas y diferencias encuentras entre ellos?
 - c. ¿Qué referencias de tiempo, lugar y hechos detalla cada autor?
 - d. ¿Cómo podrías caracterizar el lenguaje y el estilo de estos autores?
 - e. ¿Con qué intención crees que fueron escritos estos textos?

2 El almirante Cristóbal Colón era un navegante con la ideología propia del Renacimiento: interés científico por la naturaleza; sentido utilitarista de las cosas; deseo de renovación, de búsqueda de nuevos valores sociales, de nuevos rumbos y nuevas formas de vida.

- ¿Cuáles de estos aspectos están evidenciados en su escrito?

- 3 Relee el texto de Cristóbal Colón y responde:
 - a. ¿Cuál es el mayor anhelo expedicionario que Colón deja entrever en su diario?
 - b. ¿Por qué causa histórica a los aborígenes americanos se les llamó indios?
 - c. Las siguientes palabras son arcaísmos propios del español del siglo XVI.



- Localízalos en la crónica de Colón y expresa cada frase u oración, atendiendo al sentido que trae el texto y según el español actual.

- 4 Teniendo en cuenta la crónica del Inca Garcilaso de la Vega, comenta:
 - a. ¿Qué opinas de la celebración de las exequias en la cultura inca? Justifica tu respuesta.
 - b. ¿Qué concepción tenían los incas de la muerte? ¿En qué se diferencia de la visión religiosa cristiana?
 - c. ¿Qué idea tienes tú de la muerte?
 - d. ¿Qué piensas de los sacrificios humanos ofrendados a los dioses de la cultura azteca?
- 5 Los escritos de Colón y el Inca Garcilaso de la Vega, reciben el nombre de crónicas. ¿Qué es, entonces, una crónica?